

5º-PASCUA-B
RENDIMIENTO-
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

Hechos de los apóstoles 9, 26-31

En aquellos días, llegado Pablo a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo, porque no se fiaban de que fuera realmente discípulo. Entonces Bernabé se lo presentó a los apóstoles.

Saulo les contó cómo había visto al Señor en el camino, lo que le había dicho y cómo en Damasco había predicado públicamente el nombre de Jesús.

Saulo se quedó con ellos y se movía libremente en Jerusalén, predicando públicamente en nombre del Señor. Hablaba y discutía también con los judíos de lengua griega, que se propusieron suprimirlo. Al enterarse los hermanos, lo bajaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso.

La iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea, y Samaria. Se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba, animada por el Espíritu Santo.

I carta del apóstol san Juan 3, 18-24

Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras.

En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo.

Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios. Y cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.

Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó.

Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Del evangelio de san Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.

A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.

Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

COMENTARIO

Empiezo por el final y para colmo, refiriéndome a lo anecdótico. Cuando llegué a mi actual domicilio, en la parroquia de Santa Eugenia del Congost, observé contento que junto a la puerta de entrada y trepando por la pared, crecía una enorme parra, árbol bíblico y simbólico por excelencia. Su alzada es superior a los 8 m y su edad, por lo que me han dicho, supera los 100 años. Faltaba una higuera para completar la prometida prosperidad bíblica que anunciaba el Señor a los israelitas. Me apresure a cortar un esqueje de un ejemplar cercano, que ha crecido rápidamente. Son signos de predilección inmerecida, que además, algunos años me procura sus dulces frutos.

Por si no lo desconoce el lector amigo, le diré que en la antigüedad no existía el azúcar, el intenso sabor dulce se gozaba comiendo dátiles, higos y sicomoros y miel.

Mi higuera es símbolo y enseñanza. Cada año algunas de sus viejas y abundantes ramas se secan y las guardo.

En otros tiempos, llegado este domingo con sus propias lecturas, repartía entre los asistentes a la misa nudosos sarmientos viejos de no más de un palmo de longitud. Puestos encima de la mesa resultaban exótico adorno y recordando los dichos de Jesús, sencilla barata y ejemplar enseñanza.

Los taruguitos, olvidado con el tiempo su valor simbólico y acabada su condición de adorno, jubilado ya su magisterio, acababan ardiendo en cualquier fogón, como señala el Maestro.

De mi parra aprovecho muy poco sus racimos, antes de que madure la uva y en poco rato, dan buena cuenta de ellos los mirlos que hasta entonces vivían ocultos por entre la maleza. Pese a tal fracaso, agradezco la lección de fecundidad que me dan de acuerdo con la visión del salmo 128,3, aunque al mundo femenino no acostumbre a gustar la imagen No me enoja su indiferencia, nuestra cultura es ajena a tal lenguaje.

Pero a la lección le debe seguir el examen de final de temporada. Nueva lección. Debo conservar mi parra y sentirme responsable de ella, como de mi vida misma.

Legalmente jubilado, si dedicara mi tiempo a jugar a la petanca, nadie podría reprochármelo. Ahora bien, mi conciencia es más exigente.

Ya he dicho que al otro lado crece la higuera. Algún año, al ver que ni brevas, ni higos me daba, la amenacé como hizo el Señor con la que encontró un día que se dirigía a Jerusalén y deseó comer algún higo de un ejemplar de junto al camino, sin que encontrara fruto. Me temo que este año va a ocurrir lo mismo, pero no me enfadaré con ella. Entre la pandemia malignamente aparecida y mi incapacidad, no saborearé ningún fruto. De sus troncos lisos no se abre ninguna yema y crecerán probablemente pocas ramas nuevas. Esperaré pacientemente otro año.

También su esterilidad y mi tolerancia será silenciosa lección actualizada de la parábola que recoge Lucas 13,6.

Mi higuera dará fruta otro año, es mi esperanza, yo me prometo vencer angustias y caprichosos adversos cambios climáticos para conservar la Esperanza, la hermanita que va de la mano de la Fe y la Caridad, como nos recuerda Ch. Peguy.

Cuando en la soledad de mi iglesita me acerco al Sagrario y rezo el Padrenuestro, me detengo un momento y mentalmente digo: haga yo hoy tu voluntad...

Cambio de tercio

El relato de los Hechos que la liturgia de hoy nos ofrece, nos describe sin pretenderlo explícitamente, que en el núcleo de la comunidad de Jerusalén había desconfianzas y rivalidades. A Pablo lo consideraban un advenedizo o algo más molesto, un entrometido.

Pero un adversario no es un enemigo y la oportuna intervención de Bernabé, totalmente acertada, derriba barreras. De él debemos aprender.

La Fe no puede vivirse en solitario, el cristiano no debe encerrarse en sí mismo cual quiste calcáreo, molesto e inútil.

El buen proceder de Pablo, tratando de comunicarse con la comunidad judía de cultura griega es operación arriesgada y le ocasiona peligros. Si debe huir de Jerusalén no es para jubilarse, es oportuno escondite, continuará su vocación hasta su muerte en Roma.

Dios es mayor que nuestra conciencia y lo conoce todo, se dice en la segunda lectura. Hay personas que tal vez por trastorno mental, se inclinan a remover y revolver en su interior, sacando a relucir pecados y mas pecados, cometidos en actuales y remotos tiempos, si sacar ningún provecho de ello. Creo que fue Santa Teresa de Lisieux la que le recomienda a una persona que le ha pedido consejo, que olvide sus desaciertos, que mucho arrepentimiento llega en algunos casos a ser síntoma de orgullo.

Pienso ahora en el precioso salmo 131.

En momentos de aflicción y depresión, es acertada medicina espiritual. Quien no es capaz de hacérselo suyo, evidentemente es porque está empapado de orgullo.

Dice así:

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;*

*no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;*

*sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.*

*(Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre).*